

**Una historia de las historias de la Revolución francesa. Reseña de Antonino de Francesco, *La Revolución francesa. Doscientos años de combates por la historia*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2022, 462 págs. [trad. Pedro Rújula y Javier Ramón]**

La Revolución francesa ha sido percibida como un acontecimiento universal, un momento fundacional del mundo contemporáneo. Sus consecuencias no sólo sacudieron el conjunto del globo, sino que alumbraron nuestra percepción del transcurrir del tiempo y de la historia, del progreso y de la modernidad, conformando el mito de origen de nuestro presente.

En los últimos años, sin embargo, la dimensión universalista de la Revolución francesa ha sido problematizada, señalando que fue también un momento esencial para legitimar el colonialismo, el racismo y la supremacía europea. Antonino de Francesco comienza este libro constatando el “divorcio entre la Revolución francesa y la tradición política nacional [francesa]”, en un contexto marcado por el peso de la construcción europea y la globalización. La emergencia de nuevos paradigmas, como la *global history* y la historia atlántica, ha servido para cuestionar el carácter excepcional del momento francés, convirtiéndolo en un punto más de un ciclo revolucionario que no tuvo su epicentro en la Europa continental. Simultáneamente, la “condena de la modernidad” ha arrastrado consigo a 1789 como origen del “pecado original” de occidente. Todo ello conduce a una encrucijada, en la que pareciera que reivindicar la importancia de la Revolución francesa equivaliese a asumir una lectura caduca y eurocéntrica de la modernidad.

Antonino de Francesco, profesor de la Universidad de Milán y uno de los principales especialistas en la Europa revolucionaria y napoleónica, defiende en este libro la necesidad de seguir pensando la Revolución francesa como un momento crucial en el nacimiento de la disciplina histórica y un punto ineludible del diálogo de las generaciones pasadas con su presente. Resistiéndose a ser considerado como un “epígono tardío” de la historiografía del siglo XX, el autor reconoce que su libro podría ser considerado como un trabajo a “contracorriente” que recorre un camino que muchos historiadores consideran agotado. Por ello, de Francesco nos ofrece una perspectiva transnacional alejada de los lugares comunes de la historiografía “franco-francesa” sobre la Revolución. Los desafíos de la globalización, la crisis de la identidad europea y el retorno del patriotismo, requieren abordar las historias de la revolución desde una perspectiva que supere el marco de las historiografías nacionales y el paradigma de la “excepcionalidad francesa”, pero sin ignorar por ello la centralidad del momento revolucionario.

*La Revolución francesa: doscientos años de combates por la historia* es la traducción al castellano del original francés publicado en 2018, puesto a disposición del público español gracias a una excelente traducción de Pedro Rújula y Javier Ramón Solans en Prensas Universitarias de Zaragoza. El libro funciona como una historia de las historias de la Revolución francesa, un meticuloso recorrido por doscientos años de interpretaciones sobre el acontecimiento, desde los contemporáneos que escribieron en el fragor de los hechos hasta la actualidad. Para ello, selecciona un corpus de doscientas

cincuenta obras publicadas en Francia, Europa occidental –con especial atención a Italia, Alemania y Gran Bretaña– y América. La dimensión de la tarea podría sugerir que nos encontramos ante un trabajo frío y enciclopédico, pero el resultado sorprende por su ritmo narrativo. Esto responde a que Antonino de Francesco logra dar vida a los debates intelectuales y académicos, convirtiendo las historias de la Revolución en un espejo para acercarse a la historia europea.

El resultado es, en primer lugar, el panorama historiográfico más completo del que disponemos hasta la fecha sobre la Revolución francesa, completado por un solo autor en poco más de trescientas páginas. Pero lo más interesante del trabajo es que puede leerse como una Historia Contemporánea de Europa, en la que la Revolución francesa actúa como el hilo articulador que nos permite confrontar a diversas generaciones, corrientes culturales y proyectos políticos, que dialogan entre sí a partir de temas comunes. Dado que la Revolución “ha constituido una referencia constante para dialogar con la política del presente” (p. 33), su historia permite reconstruir los significados que los autores otorgaron a sus propios contextos.

Uno de los problemas que articula el libro es la necesidad que afrontaron los historiadores de separar la herencia positiva de la Revolución –la libertad, los derechos humanos y la ciudadanía– de la memoria del Terror de 1793. Este intento por distinguir el tiempo de la libertad del tiempo del despotismo, “el alba de la libertad del drama de la violencia popular” (p. 79) fue una de las obsesiones de todos aquellos que se asomaron al periodo. En torno a la contraposición entre 1789 y 1793 se fraguaron buena parte de los combates por la historia que dieron sentido a términos como monarquía, constitución, terror, república y democracia. ¿La violencia y las ejecuciones fueron un mal necesario para consolidar las conquistas revolucionarias? ¿O bien un hijo bastardo, un descenso a los infiernos que podría haberse evitado? ¿El *dérápape* de 1793 fue un accidente, una consecuencia inevitable en el camino hacia el progreso, un escollo necesario ante la resistencia de la aristocracia o un intento de dotar a la Revolución de un carácter democrático y popular?

La diversidad de respuestas ofrecidas por los historiadores a estas preguntas puede resultar a primera vista inagotable. Pero de Francesco consigue estructurar este flujo potencialmente infinito de relatos para desentrañar la génesis de las interpretaciones canónicas de la Revolución que fueron abrazadas por las diferentes tradiciones políticas. A través de un océano editorial, el autor reconstruye el origen de la interpretación contrarrevolucionaria, la liberal, la republicano-democrática y la socialista.

En primer término, los horrores desatados por la Revolución produjeron una ruptura en las lecturas que interpretaban la historia como una evolución lineal hacia el progreso. En Inglaterra, la violencia revolucionaria sirvió para fortalecer el paradigma de que la libertad sólo podía germinar en suelo británico. La respuesta de Burke al reverendo Richard Price en sus famosas *Reflections on the Revolution in France* (1790), tuvo su origen en los intentos de comparar la Revolución Gloriosa de 1688 con la francesa. Para Burke, la revolución de 1688 había supuesto una vuelta a los orígenes de una constitución histórica fundada en la experiencia y la tradición, mientras que 1789 había sido un intento arbitrario de refundar la sociedad sobre principios racionales abstractos, lo que necesariamente debía desencadenar la anarquía. Si la interpretación de Burke fue tan

exitosa no fue sólo porque resultaba compatible con el liberalismo conservador sino porque recurrió a la historia para alumbrar una interpretación empírica de la Revolución alejada del análisis abstracto basado en principios universales. De este modo, “despreciada y poco estudiada por los revolucionarios, la historia se convirtió en el terreno predilecto de la contrarrevolución” (p. 96).

Igual de exitosa en los medios contrarrevolucionarios fue la interpretación providencialista que presentaba la Revolución como un castigo divino para expiar los pecados de los hombres. Barruel y de Maistre recurrieron a la teoría del complot para explicar la caída del Antiguo Régimen y a la voluntad divina como directora de una deriva violenta que había permitido salvar a Francia de la invasión de los ejércitos extranjeros. La Revolución era así tan traumática como necesaria, anticipando el retorno sanador y regenerador de la monarquía.

Entre quienes saludaron la herencia de la Revolución la memoria del Terror abrió una herida difícil de cerrar en la conciencia nacional francesa: ¿cómo era posible reconciliarse con un acontecimiento fundacional que llevaba aparejado los horrores del cadalso? ¿Cómo insertar el Terror en la sucesión de acontecimientos que conducían de la monarquía medieval francesa hasta la realización plena del Estado-nación? La respuesta más duradera a esta cuestión vino de la mano de la interpretación liberal acuñada por Mignet y Thiers, referencia ineludible durante todo el siglo XIX y parte del XX. La Revolución era considerada como un proceso “irremisible, lógico y necesario”, reconciliando a los franceses con su historia para reconstruir el relato nacional.

El peso de la herencia revolucionaria, situó a todo proyecto liberal, republicano o socialista, ante la necesidad de convencer de que su propuesta sería capaz de desarrollar plenamente la libertad al tiempo que conjuraba el despotismo. Las revoluciones de 1830, 1848, 1871 y 1917, fueron percibidas por los contemporáneos a través de las lecciones de 1789, de modo que el significado otorgado al pasado fue la clave de bóveda para construir el futuro. Toda revolución parecía condenada a repetir la experiencia de 1789, por lo que defender un proyecto de presente significaba necesariamente construir un relato sobre el pasado.

De este modo, cada tradición política tomó como referencia un periodo de la Revolución (1789 para los liberales, 1792 para los republicanos, 1793 para los socialistas), mientras rehabilitaba a algunos protagonistas para responsabilizaba a otros de la deriva autoritaria. Al rescatar las figuras de Necker, Robespierre, Danton o Babeuf, o al perfilar a los protagonistas colectivos del proceso (el pueblo, la burguesía, los girondinos o los *sans-culottes*), los historiadores no sólo estaban aplicando la metodología de la disciplina histórica, sino también dialogando con su presente y proyectando herramientas para el futuro.

Este aspecto queda de manifiesto a la hora abordar los debates de la segunda posguerra mundial, cuando el autor toma partido y celebra las aportaciones de Furet como “una demolición en toda regla de la vulgata marxista-leninista”, resultado de “vaciar el objeto revolucionario de toda pasión” e “ideología” (pp. 359-360). Esto no le impide reconocer, sin embargo, que “el extraordinario esfuerzo historiográfico

realizado por Furet tan sólo sirvió para consolidar una lectura neoliberal de la Revolución” (p. 362).

La única carencia que se le podría achacar a la obra es que su meticuloso repaso historiográfico finaliza, como promete el título, en 1989. El epílogo, dedicado a la producción posterior, pasa de manera algo apresurada sobre los debates historiográficos de las tres últimas décadas. El autor cuestiona el giro atlántico de la historia de la revolución, afirmando que el intento de remplazar 1789 por 1688 (situando la Revolución Gloriosa como el origen de la contemporaneidad) no es una operación neutral, sino que responde al deseo de “restablecer una supremacía política y cultural centrada en torno al eje anglo-americano” (p. 384). Lo cierto, sin embargo, es que pasa de puntillas sobre la emergencia de una abundante producción que –partiendo de conceptos como *Atlantic Revolutions* o *Age of Revolution*– ha colocado a las revoluciones iberoamericanas y mediterráneas, las crisis imperiales o la participación de actores sociales tradicionalmente excluidos del relato historiográfico, en el centro de una reinterpretación que abre nuevos horizontes para los estudios sobre la revolución (y la contrarrevolución). Estas ausencias, comprensibles por la dimensión y el objetivo del trabajo, se solventan con la adición de un apartado de orientaciones bibliográficas que permite al lector asomarse más allá de los límites dibujados por la obra.

Por último, debemos destacar que el libro de Antonino de Francesco llega a nuestro país de la mano de una edición que, más allá de la cuidada traducción, ofrece al lector español un valioso añadido. El prólogo de Pedro Rújula realiza un exhaustivo repaso a la actividad editorial sobre la Revolución francesa en España que funciona como un capítulo adicional. Una aportación que no sólo permite insertar las reflexiones del volumen en nuestro ámbito académico, sino que nos obliga a reflexionar sobre la escasa presencia que la historiografía española tuvo en los grandes debates sobre la historia de la Revolución. Un combate por la historia que, en este caso, no está perdido debido a la creciente internacionalización de nuestra historiografía.

Álvaro París  
Universidad de Salamanca  
paris@usal.es  
ORCID ID: 0000-0003-4224-4882

Fecha de recepción: 20 de mayo de 2023

Fecha de aceptación: 6 de julio de 2023

Publicación: 31 de diciembre de 2023

Para citar este artículo: Álvaro París, “Una historia de las historias de la Revolución francesa. Reseña de Antonino de Francesco, *La Revolución francesa. Doscientos años de combates por la historia*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2022, 462 págs. [trad. Pedro Rújula y Javier Ramón]”, *Historiografías*, 26 (julio-diciembre, 2023), pp. 147-150.